

# Turbamultas inteligentes

JESÚS CASQUETE PROFESOR DE SISTEMÁTICA DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Las nuevas tecnologías de la comunicación están transformando a un ritmo endiablado el modo en que los individuos trabajan, estudian, flirtean o compran. La participación en la vida pública no es inmune a esta nueva revolución social, no ya venidera, sino presente, que empieza a tener su propio pasado. Que se lo pregunten si no al ex presidente de Filipinas Joseph Estrada, quien el 20 de enero de 2001 pasó a los anales de la historia como el primer gobernante que se vio forzado a dimitir víctima de una revuelta popular pacífica desatada por los mensajes de texto difundidos a través de teléfonos móviles. En aquella ocasión, decenas de miles de ciudadanos convergieron en la avenida Epifanía de los Santos (popularmente conocida como Edsa) en algo más de una hora al recibir en sus receptores un mensaje con la leyenda «Vete a Edsa, viste de negro». En el curso de los cuatro días siguientes, ahora ya ampliada la protesta gracias a Internet y otros medios de comunicación convencionales, más de un millón de personas acudieron a las movilizaciones. Estrada dimitió. Había nacido la leyenda de la *generación txt* como sujeto político.

No era la puesta de largo de una forma de intervención subpolítica que ya antes había revelado el potencial que albergan las nuevas tecnologías de la comunicación. Grupos autónomos, aunque interconectados, ensayaron con éxito el poder de Internet y de los SMS en la antesala y durante las movilizaciones contra la reunión de la Organización Mundial de Comercio en Seattle en el invierno de 1999. Pero ha sido en los acontecimientos desencadenados en Madrid tras el 11-M cuando la *generación txt* ha exhibido por segunda vez en su corta historia una inusitada inmediatez para movilizarse masivamente hasta el extremo de contribuir a deponer un Gobierno, en el caso que nos ocupa mediante un inédito vuelco electoral. Internet o la radio coadyuvaron, qué duda cabe, a espolear el crecimiento exponencial de las movilizaciones, pero el factor precipitante de la movilización, lo que estuvo en su origen, fue la difusión de mensajes cortos a través de los teléfonos móviles. Una vez más, pues, las nuevas tecnologías de la comunicación contribuían a movilizar a una opinión pública presa del hartazgo colectivo y ansiosa por hacer efectivo el ideal democrático de poner la política al alcance de todo el mundo.

La secuencia de acontecimientos es bien conocida a estas alturas: a medida que se acumulaba la evidencia sobre la autoría del brutal atentado, se iba instalando en amplios sectores de la opinión pública la convicción de



que el Gobierno había optado por dosificar la información de forma artera en un desesperado intento de ganar tiempo con las vistas puestas en las elecciones del domingo siguiente. Miles de madrileños respondieron al mensaje SMS que convocaba a media tarde de la jornada de reflexión a una concentración pacífica (aunque no exenta de tensión) y sin símbolo partidario alguno ante la sede del Partido Popular. «Por la verdad. ¡Pásalo!», concluía el anónimo redactor que precipitó la *noche de los mensajes cortos*. La «masa de acosos» (Canetti) así configurada exigía disponer de la información mínima necesaria para hacer del derecho al sufragio un ejercicio responsable.

Con una torpeza tan sólo atribuible a la desesperación, la bestia herida que en ese momento era el PP reaccionó arrojando gasolina al fuego de la crispación. En comparecencia pública pocas horas después, el candidato a la presidencia Mariano Rajoy arremetía contra las concentraciones y las calificaba como «ilegales» y «antidemocráti-

cas», al tiempo que encarecía al resto de las fuerzas políticas a que desautorizasen ese tipo de «presiones intolerables». Esa noche los dirigentes del PP se retiraron a sus cuarteles con la fundada sospecha de que el varapalo electoral se antojaba irreversible. La *generación txt* había consolidado su leyenda.

Yerran el tiro los dirigentes del PP al buscar desesperadamente al responsable de la cadena de movilizaciones que tan decisivamente contribuyó a su desgaste a ojos de la opinión pública. Resulta ocioso especular con su identidad. La pregunta relevante que harían bien en abordar los perdedores de estos comicios es más bien por qué la convocatoria encontró una audiencia tan amplia entre personas que sintieron la necesidad de descargar sus emociones saliendo de forma masiva a la calle. Y por qué muchas más están aún lamentándose por no haber tenido conocimiento del emplazamiento. O, por fin, la razón por la que millones de espectadores que seguían el curso de los acontecimientos atentos a sus televisores se identificaron con los congregados en la calle Génova. Claro que formularse cuestiones de este cariz nos remite a las causas en una época en la que ciertos gobernantes optan por concentrarse en las manifestaciones de los problemas.

Si algo han puesto de manifiesto los sucesos acaecidos en Madrid es que, en la sociedad de la información, los gobernantes cuentan con una nueva espada de Damocles sobre sus cabezas. Además de los mecanismos clásicos de control de su ejercicio, tales como el Parlamento, los medios de comunicación o la cita ritual con las urnas, a partir de ahora han de sumar el imponderable de los ciudadanos organizados autónoma y espontáneamente con fines políticos capaces de congregarse con inmediatez ante el lugar que represente simbólicamente el poder, llámese calle Génova, Ferraz, Sabin Etxea, Ajuria Enea o Zarzuela. Si la división clásica de poderes establece que los poderes legislativo, ejecutivo y judicial se controlan entre sí, ahora la opinión pública disfruta, con las nuevas tecnologías de la comunicación, de un instrumento adicional para ejercer su control sobre todos ellos de forma instantánea. Si alguien todavía albergaba dudas, es el momento de disiparlas: se puede gobernar a espaldas de la opinión pública durante algún tiempo, pero nunca indefinidamente en su contra. ¿Quién dijo que Montesquieu había muerto?

J. Casquete es autor del libro 'Política, cultura y movimientos sociales' (Bilbao, Bakeaz, 1998).

VENTANA  
ALMUNDO



ENRIQUE  
VÁZQUEZ

## FALUYA

Como en Somalia? Esa pregunta inquietante se abrió paso en todos los informativos de los Estados Unidos tras la difusión de las horribles escenas de la mutilación y escarnio de los cuerpos de cuatro norteamericanos previamente muertos en una emboscada en Faluya.

Hace casi once años fueron arrastrados por las calles polvorientas de Mogadiscio cerca de una veintena de marines que habían caído en las escaramuzas previas en la invasión humanitaria que el presidente Bush emprendió bajo presión internacional y - no como en Irak - sin oposición. Se pidió unánimemente que una fuerza militar pusiera término a las matanzas intercomunitarias y restaurara la esperanza. Así fue bautizada la operación, que Clinton canceló en seguida.

En términos de seguridad es inaudito que un reconocido bastión de la feroz resistencia en el Irak sunní, realmente el único que combate a fondo con las armas en la mano a la ocupación, se aventurara un convoy de civiles sin aparente protección. No podían dársele sus propios compatriotas porque hace muchos meses que, juiciosamente, el mando militar comprendió que era preferible no entrar en la ciudad y dejar que la Policía local, re-encuadrada por la Coalición, se ocupara de la labor.

Este hecho es inseparable de lo sucedido: ocurrió en la calle principal y no había a la vista soldados americanos ni guardias iraquíes. Los segundos, con seguridad, se ocultaron. Faluya, sencillamente, es inconquistable y nadie quiere correr el riesgo de someterla a cambio de un río de sangre. Con todo, el vigor de una resistencia crecida había promovido un cambio poco advertido fuera de los medios militares: aprovechando la gran rotación de tropas en marcha (la mayor desde el fin de la II guerra mundial), la I División Blindada fue relevada en la región (Inbar) por el I Cuerpo Expedicionario de Marines, juzgados más contundentes.

El general Sánchez no revocó la orden que impide entrar en la ciudad, pero la semana pasada autorizó una incursión muy dura para localizar guerrilleros: el resultado fue la muerte de nueve personas, incluyendo tres menores. La cólera subsiguiente fue expresada por un vecindario que juró venganza. En este contexto es incomprensible la presencia allí de cuatro civiles norteamericanos empleados por una compañía de aguas. Y es devastadora potencialmente la difusión - atenuada casi en todos los medios - de las imágenes del miércoles.

**El general Sánchez no revocó la orden que impide entrar en la ciudad**

## Querida Mafalda

Nació hace cuarenta años bajo el signo de libra y ha celebrado su cumpleaños con una exposición en Salamanca. Se trata de la inefable Mafalda, esa niña bonaerense y contestataria de abultada pelambrea creada por el dibujante Miguel Lavado, alias Quino. Mafalda y su grupo de amigos llegaron a nuestro país en los años 70; rápidamente ganaron el corazón de varias generaciones y se convirtieron en un icono de la rebeldía que colgaba en las paredes junto al poster del Che y aquel otro del Jesucristo pop.

¿Repelente? ¿Vocinglera? ¿Analítica? No. Es que era porteña. Y quizá ése haya sido uno

de los mayores logros de Quino con ese personaje; lograr algo que nunca creímos ver: una porteña universal. Según el tópico, las palabras porteño y universal son tan incompatibles entre sí como la paz y el petróleo. Una pensaba que los bonaerenses gestaban su universalidad en la particularidad y que Borges, el tango o La Maga traspasaban fronteras precisamente porque llevaban estampada la melancólica marca de la calle Corrientes. Ese particular *bucle melancólico* argentino que hacía a los nativos constantemente extranjeros a todas horas y en todas partes.

Ahí estaban, sin embargo y para romper el tópico, Mafalda

y su barra de amigos: el gallego Manolito, más bruto que un arao; la convencional Susanita; Felipe, el novio ideal, tierno y femenino; el etéreo Miguelito y mi favorita, Libertad, deslenguada y chiquitina, que me recordaba aquel verso que cantaba Mercedes Sosa, «esa cosa pequeñita que se llama libertad». Para romper el tópico, Mafalda no era pedante ni cargaba con la melancolía de los Andes a los Apeninos a los Urales y más allá. La calle de Mafalda era como la calle de cualquier ciudad de la época y los personajes de la viñeta representaban el mismo choque entre lo rebelde y lo convencional, lo contestatario y lo conformista, lo reflexivo y lo romo

de todos los humanos en casi cualquier sociedad.

Me parece que Mafalda, en realidad, era poco latina, poco meridional y poco porteña y que conectaba muy bien con el espíritu transgresor y naif que nos llegó de tierras anglófonas. Una se la imagina bien montada en un autobús de dos pisos en Londres con un vestido de flores psicodélicas y, en cambio, no se la figura una en París amodorrada en un cafetín y diciendo «che, cómo extraño el dulce de leche». No sé cómo dibujaría Quino una Mafalda en París, pero quizá la situaría junto a Daniel Cohn-Bendit con un bocadillo que dijera: «¿Sabés? Me recordás a Miguelín».

MARTA  
SANTOS

